

LA HISTORIA COMO IDENTIDAD NACIONAL

JEAN MEYER



Quien dice "identidad nacional", dice "historia" y concede e impone una "responsabilidad social" a quien elabora, conserva y enseña la historia. No cualquier historia. La historia nacional. Tal responsabilidad social puede chocar con la profesionalización del historiador, proceso reciente que ha tenido dos vertientes: la "científica" —la historia como ciencia social o humana— que da por meta la objetividad, la búsqueda de la verdad; y la vertiente instrumental, aplicada de una historia al servicio de un Estado, de una ideología, de una iglesia, etc. La sociología, la psicología, la filosofía se encuentran en la misma situación. Por una sencilla razón de sentido común, no tomaré ejemplos mexicanos. A buen entendedor, pocas palabras, pero la transposición será fácil ya que el problema es universal. Hoy en día, el nacionalismo es un principio esencial de la legitimidad política. Por lo tanto hay que empezar con un repaso sobre su naturaleza.

I. IDENTIDAD NACIONAL

Nación, nacionalismo, nacionalidad, sentimiento, identidad nacional... La multiplicidad de las palabras no significa claridad conceptual. No basta separar, como Marcel Mauss, la buena nación del nacionalismo malo —el distingue la idea de nación del nacionalismo "generador de enfermedad de las conciencias nacionales"—; de nada sirve oponer el patriotismo positivo al catastrófico nacionalismo, Rousseau a Herder, Renan a Strauss, la izquierda a la derecha, la comunidad electiva a la comunidad étnica, la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano a la selva germánica. Lo que Stefan Zweig en sus *Recuerdos de un europeo*, llamaba la "pestilencia nacionalista" no es más que la cara de sombra de un Jano bifronte.¹

Los que condenan y rechazan sin más el nacionalismo se exponen a no entender nada de lo que está pasando en el mundo. El hecho nacional, además de ser un hecho, es también una idea, un proyecto. Parece una evidencia cuando es un enigma. Es también sentimiento y puede ser pasión. Emoción fuerte, definición débil. En lugar de encontrar la razón de esta sinrazón, muchas veces, oponemos la Razón y "nosotros" sus sectarios, a la Nación y a "ellos", sus fanáticos. Es más confortable, pe-

ro eso no sirve para nada. El costo histórico del no reconocimiento del hecho nacional no será menos caro mañana que lo fue ayer. Estamos, frente a la nación, nosotros los liberales, como frente al sexo, antes de Freud. Hombres de las Luces, universalistas por convicción y profesión, somos, como lo dice muy bien Régis Debray, "los victorinos de la nación, ahogados por la mojigatería".

Un poeta puede ayudarnos a elucidar el misterio. "El hecho esencial, escribe Paul Valéry, que constituye las naciones, su principio de existencia, el lazo interno que encadena entre ellos a los individuos de un pueblo, y a las generaciones entre ellas, no es, en las diversas naciones, de la misma naturaleza. A veces la raza, a veces la lengua, a veces el territorio, a veces los recuerdos, a veces los intereses, instituyen de manera diversa la unidad nacional de una aglomeración humana organizada. La causa profunda de tal agrupamiento puede ser totalmente diferente de la causa de tal otro".²

El nacionalismo trabaja sobre algo inevitable: cada persona recibe una educación, la de la familia, de la escuela, de un grupo; cada persona necesita ser reconocida, pertenecer, compartir un destino común. *Natio*: los que nacieron juntos, dice la etimología. Pertenecer a una nación es un lazo doble, el derecho a tener una identidad, a recibir protección, y el deber de conformarse a las costumbres, a las leyes, eventualmente de morir por la patria ("es una suerte digna de envidia", rezaba un himno republicano francés).

Al mismo tiempo todos tenemos una patria chica, una patria dice Luis González, y pertenecemos a la humanidad. Sin embargo, la nación, para la mayoría de nosotros, pesa más. ¿Por qué? No sé. ¿Por qué no la región, el continente, un espacio cultural? ¿Por qué Centroamérica está compuesta de varias naciones y México no? ¿Por qué ahora Cataluña y Eslovaquia y Croacia, y ayer no? No sé. La identidad nacional se ha afirmado y se ha identificado a su Estado propio en los dos últimos siglos. Una serie de olas ha recorrido el mundo: después de la primera ola republicana (Estados Unidos y Francia), siguió la romántica; de las dos juntas, nació la ola de independencias políticas del siglo XIX y de 1919, prolongada por la ola de la descolonización después de 1945, y la desintegración del sistema comunista en Eurasia.³

Todo ocurre como si en nuestra época la política no pudiese crear nada que no fuese nación. A partir de este hecho fundamental, el nacionalismo sirve de etiqueta ideológica y, por lo tanto, es proteiforme. Una ideología nacional supone una política de movilización de masas. Es un reto político universal desde la Revolución Francesa. Por eso la escuela, por eso la historia se encuentran movilizadas. Por lo pronto, sabemos qué es un Estado, qué es una cultura, pero seguimos sin saber qué es una nación: ¿un Estado y una cultura, varios Estados y una cultura (europea, latinoamericana), un Estado sobre varias culturas (los Estados Unidos de mañana)? El nacionalismo puede ser un cimiento muy ligero o un concreto reforzado. Ernest Gellner nos obliga a ser modestos en nuestras convicciones. Según él, contrariamente a las creencias populares e incluso académicas, el nacionalismo no tiene unas raíces demasiado profundas en la psicología humana. Tampoco posee fundamento científico la concepción de las naciones como bellas durmientes de la historia que sólo necesitan de la aparición de un príncipe encantado para transformarse en estados. Debemos rechazar ese mito: las naciones no constituyen una versión política de la teoría de las clases naturales; y los estados nacionales no han sido tampoco el evidente destino final de los grupos étnicos o culturales. Gellner recuerda que la gran mayoría de los grupos nacionales en potencia (en el planeta se hablan cerca de ocho mil lenguas) han renunciado a luchar para que sus culturas homogéneas dispongan del perímetro y la infraestructura necesarios para alcanzar la independencia política. Aunque se presente como una fuerza antigua, oculta y aletargada, el nacionalismo no es sino la consecuencia de una nueva forma de organización social, derivada de la industrialización y de una compleja división del trabajo; si bien aprovecha la riqueza cultural y el crecimiento económico, la innovación tecnológica, la movilidad ocupacional, la alfabetización generalizada y un sistema educativo global protegido por un estado. Nadie ha explicado mejor hasta el momento por qué el nacionalismo es hoy un principio tan destacado de la legitimidad política.

Así, nuestras naciones con sus estados persisten en la empresa fundamental que persigue la sociedad de los hombres: agrupamiento de los hombres que dependen de una misma *res publica*, adquieren una identidad colectiva, inscriben en un mismo espacio natural sus posiciones respectivas, en un mismo espacio cultural sus instituciones, y se determinan como comunidad frente a pueblos extranjeros, buscan los medios de su seguridad y de su desarrollo. Esa empresa se repite, es eterna, pero opera en condiciones variables; para cada sociedad, en cada época, hay un contorno singular, una situación heredada, un patrimonio que delimitan posibilidades e imposibilidades. Esa es la realidad, esa es la historia.

II. LA HISTORIA

Si la historia es lo real, la historiografía es más que el relato, el recuento, el análisis de dicho real. Si la identidad nacional es un momento de la historia, la historiografía no tiene por qué identificarse con dicho momento y volverse instrumental.

En dos siglos, la historiografía se ha transformado de manera prodigiosa. Su profesionalización estableció normas de objetividad y liberó al historiador, teóricamente, de la necesidad de trabajar para los poderosos, de adaptarse a los gustos y valores del público. La academia, la universidad funcionaron hasta hace poco como conventos benedictinos, o como la abadía de Thélème de Rabelais, como insulas en las cuales la ciencia podía escapar a las presiones exteriores, a las del Palacio, del Templo y de la Plaza. La profesionalización significó la autonomía. Los historiadores, sin embargo, aunque más tarde que sus colegas "social scientists" de sociología, psicología, economía, o que los juristas, no pudieron escapar a las solicitudes del Poder, que nunca olvidó que existía una estrecha relación entre poder y saber.

Cada día es mayor la demanda de una historia "pública", cada día crece el mercado para los historiadores, a tal grado que ya pueden escoger entre el Palacio y la Plaza, para ir al mejor postor. El Estado, las secretarías, las paraestatales, las escuelas, las compañías, los particulares, los grupos sociales, religiosos, culturales, étnicos, los géneros, los gremios son compradores. ¿Qué pasa entonces con nuestra objetividad? En este siglo el historiador ha conocido la demanda imperativa del Estado totalitario, ha sufrido las presiones y las seducciones del Estado autoritario, conoce ahora las tentaciones del mercado. ¿Cómo conservar su integridad profesional cuando uno está sometido a la presión de producir resultados esperados? La historia como identidad nacional no es más que uno de los aspectos de un problema mayor, el de la historia pública, de la historia sobre pedido, con o sin convicción, cinismo, prostitución.

Todo estado social exige ficciones, mitos. La historia puede ser una ficción, dado el hecho de que se la considere como esencial para la creación y la conservación de la identidad nacional. Decía Valéry: "dadme una pluma, papel, les voy a escribir un libro de historia o un texto sagrado. Inventaré un rey de Francia, una cosmogonía, una moral o una gnosis. ¿Qué es lo que prevendrá a un ignorante o un niño de que le estoy engañando?"

El mismo Valéry, en "De l'Histoire", afirma:

La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto. Sus propiedades son bien conocidas. Hace soñar, emborracha a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene abiertas sus viejas llagas, los atormenta en su reposo, los conduce al delirio de grandeza o de

persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insupportables y vanas.⁷

Nietzsche consideraba que Europa "sufría de una fiebre maligna de historia", causada por "la memoria prodigiosa del hombre, por su incapacidad de olvidar nada".⁸

Cuando uno ve lo que pasa en los Balcanes hoy en día, o en Ruanda, o en el Cáucaso, cuando uno escucha a ciertos historiadores serbios invocar el pasado, un pasado mítico o no, eso importa poco, para justificarlo todo, cuando uno oye a Milorad Ekmetić, académico, universitario decir: "no disimulamos nuestro deseo de venganza", uno tiene ganas de darle la razón a Nietzsche y a Valéry: "Los pueblos felices no tienen historia". De esto se infiere que la supresión de la historia haría a los pueblos más felices. Cualquier mirada sobre los acontecimientos de este mundo lleva a la misma conclusión. El olvido es una bendición que quiere corromper la historia.⁹

III. LA HISTORIA COMO IDENTIDAD NACIONAL

¿Por qué no escudarse detrás de Renan?: "El olvido y, me atrevería a decir, hasta el error histórico son un factor esencial en la formación de una nación y por lo tanto, el progreso de los estudios históricos es, muchas veces, un peligro para la nacionalidad".¹⁰ Renan hablaba de la historia como ciencia, no de la historia como sirviente.

1. *Falsa responsabilidad social.* La historia pública presenta un desorden (aparente) de imágenes, de símbolos, de personajes ejemplares. Todo es tesis. Nos colorean algunas escenas, siempre repetidas, Clodoveo, Carlomagno y los alumnos, Felipe Augusto en Bouvines, San Luis debajo del encino, Juana de Arco, etc... hasta la entrada de De Gaulle en París en 1944. Eso para los pequeños, y no tan pequeños, franceses. Ese catecismo, ese rosario con sus misterios, ese *via crucis* hace de nuestro pasado y de nuestro común futuro un destino. Esos libros de historia son falsos y sin embargo presentan una "verdad" irresistible. No he olvidado ni olvidaré "le petit Lavisse", nuestro libro de texto de primaria, elaborado por un gran historiador profesional, admirado por Justo Sierra. Cada nación tiene su mentiroso y admirable Lavisse.¹¹

Ese pasado más o menos fantástico, ese conjunto de mitos fundadores actúa sobre el porvenir porque es una acción presente. El carácter real de esa historia es el de tomar parte en la historia. El porvenir, por definición, no se puede imaginar. Ese tipo de historia casi nos hace el milagro de darle una cara al futuro. Por eso, dicha historia es iconográfica, inseparable del himno y del estandarte, referencias todas religiosas. Nos ofrece un repertorio de situaciones y de catástrofes, una galería de antepasados, un formulario de actuaciones, expresiones, actitudes para ayudarnos a ser y a devenir. "No nos en-

gñemos, la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada a la Historia tal como se nos contó cuando éramos niños".¹²

Independientemente de su vocación científica, la historia ejerce una función militante. Dejo a un lado la función partidista y puramente ideológica¹³, para mencionar el papel de misionero de la nación. Ayer en Francia, hoy en Cataluña. Se reescribe la historia, tanto para las escuelas, como para las universidades, para las enciclopedias y la televisión, en Barcelona, Bratislava, Tashkent, Bishkek, Bajú y Erivan. En Estados Unidos, esa historia está dejando de ser la del "melting pot", para ser la del "salad bowl", del mosaico étnico cultural y genérico. No deja de moldear la conciencia colectiva, de ofrecer un modelo.¹⁴ En 1969, en la URSS, el nuevo Programa de Educación Preescolar para Kinder, rezaba: "Se le prestará particular atención a la formación desde la más tierna edad de sentimientos morales tan importantes como el amor a la patria, al pueblo soviético". ¿Quién puede tirar la primera piedra a estos mentores? ¿Qué diferencia el culto republicano a Juana de Arco¹⁵ del culto soviético a Vladimir Ilich?

Elise Marienstras, francesa historiadora de Estados Unidos, subraya el hecho de que la historiografía norteamericana, desde los libros de texto hasta la producción científica es un compendio de la ideología y de mitos nacionales. Pero advierte: "una historia crítica del nacionalismo relativizará sus mitos. Lejos de interrogar, como los que hacen meta-historia, el misterio de la identidad nacional, el historiador descubrirá la imperiosa necesidad de la mitología nacional en su aspecto funcional: construir una nación en donde no existía".¹⁶

La negación no es menos importante que la afirmación. Frente a la "revelación" de hechos "olvidados", las reacciones pueden ser violentas y reveladoras del pánico que puede provocar un ensayo de objetivación de una historia nacional mitologizada. Francia tardó dos siglos en enfrentar la realidad del terror revolucionario y del martirio de la Vendée.¹⁷

La colaboración con el invasor nazi, el antisemitismo, la guerra de Argelia son otros ejemplos de amnesia consciente o inconsciente en Francia. Cada nación está en la misma situación. Acaba de renunciar un ministro japonés después del escándalo internacional que había provocado, al negar las matanzas perpetradas por el ejército imperial, cuando la toma de Nankin, en 1937. Para muchos japoneses se trata de una "invención" de los chinos, de una "mentira" para ensuciar la imagen de Japón. Esas reacciones señalan el miedo de saber, el rechazo de toda tentativa para "desencantar" la historia nacional.

Todo eso es normal. Lo que cuesta trabajo aceptar es la relación que tiene con nuestra profesión. Nuestra disciplina está sometida a una constante revisión, a una ampliación de los campos y de los métodos y, sin embargo, en todos los países que conozco, programas escolares y

libros de texto persisten en su ser, cruelmente nacionalista y mentiroso. La historia que se enseña a las masas, fuera del aula de primaria, no es menos engañosa y bruta. ¿Por qué escapan al proceso de corrección, revisión, extensión que caracteriza a la historiografía?

El mismo hombre, sabio en su gabinete, cuando compone los libros de texto, cuando escribe para el gran público o para la televisión, olvida su profesionalismo y acentúa el desarrollo, el orgullo nacional, las glorias de la revolución y del imperio, la grandeza de los héroes del pasado. No tiene la disculpa de los hombres del siglo XIX, convencidos de hacer obra pía al escribir su "historia de bronce". Hace fraude conscientemente, engaña intencionalmente, acepta el desdoblamiento de personalidad.

Es cierto, la institución pedagógica es enorme, poca gente tiene ganas de cambiar las cosas, pero, además, existe la convicción sincera de que la historia debe enseñar cierto número de "hechos esenciales", considerados como el marco de la historia. Tales hechos esenciales son políticos, ya que la definición tradicional, institucional de la historia se da en términos de acontecimientos y que su explicación es siempre de naturaleza política, aunque a veces se disfraza de militar, económica o intelectual. Entre los mejores, existe la idea cínica de que no importa, que todo lo defectuoso se corregirá, se complementará en la universidad y que, mientras, es indispensable que los niños se entusiasmen con esos cuentos de hadas. Queda claro que para ellos la historia tiene un marco y que éste es de tipo político. Porque está ligada a la identidad nacional (o a cualquier "línea general" política o religiosa). Eso cierra el paso a todos los otros tipos de historia, precisamente los desarrollados por la nueva historia, que cometió un solo error: despreciar y abandonar a la historia política ("histoire événementielle", "histoire-batailles").

Por esas varias razones, la educación de las masas, la formación de su opinión escapa a la influencia del debate universitario, de la crítica intelectual, hasta en las sociedades más democráticas. Por eso la historia para las masas no reconoce más que un conjunto reducido de estereotipos, de personalidades, y ¡pobre del valiente que se atreva a suprimir un solo estereotipo, un solo héroe! Quieren que la masa se identifique con personajes maravillosos del pasado, hombres, mujeres, niños héroes, muertos (hay que huir de la historia demasiado contemporánea) pero siempre vivos. ¡Lenin vive, Lenin vivirá siempre!

Esto está hecho para tranquilizar, para asegurar la legitimidad y la fuerza de la sociedad nacional. A esa historia política se le puede integrar una buena dosis de "vida cotidiana" para hacerla más viva, más "veraz" para los alumnos, los lectores, los televidentes. Sigue siendo política, nacionalista, engreída, antihistórica.

No sin sorpresa, me doy cuenta de que el investiga-

dor universitario libre, trabajando en instituciones libres de países libres, redacta libros que se parecen mucho a los del historiador de países totalitarios, cuando se trata de patriotismo, orgullo nacional, hasta, a veces, de superioridad racial o religiosa.¹⁹

Así, los historiadores le damos la razón a Pierre Nicole, el jansenista: "Tenemos la convicción de que todo historiador es un mentiroso, de manera involuntaria si es sincero, como embustero, si no lo es. Pero como ni el uno ni el otro me advierte de su perversión, me es imposible evitar el engaño".

2. *La verdadera responsabilidad social.* El historiador profesional puede luchar sinceramente para mejorar los libros de texto. Franceses y alemanes lo han hecho sobre un punto muy concreto: suprimir todo chovinismo, toda xenofobia, no darles ningún pretexto en la enseñanza de la historia. Después de la primera guerra mundial, Jules Isaac, director de la famosa colección de manuales Malet-Isaac, trabajó en una comisión binacional. Aquella resucitó después de la segunda guerra mundial y cada verano, durante más de 20 años, historiadores alemanes y franceses limpiaron escrupulosamente los libros de texto.²⁰

Es mucho más difícil leer la historia nacional con el mismo ojo clínico. No es una casualidad que un joven historiador norteamericano, Robert A. Paxton, haya sido el primero en plantear el problema del régimen de Vichy y de los franceses colaboracionistas (1940-1944). Abrió una brecha por la cual se colaron, después, muchos historiadores franceses. Pero, la primera reacción del gremio universitario, en 1973, fue indignarse contra el extranjero atrevido que se metía en la cocina y en la alcoba nacional, cuando, supuestamente, por su condición de extranjero, no podía entender nada de la historia de Francia. En aquellos días, ciertas glorias académicas me sorprendieron.

Es difícil, no imposible, como nos lo demostraron hace mucho Don Edmundo O'Gorman, Luis González y, recientemente, Enrique Krauze.²⁰ "Pero ahora pregunto ¿debe, acaso, mantenerse tan equivocada manera de concebir y expresar el amor a la patria? Porque además de todo lo dicho y además de las vanas esperanzas que alimenta y de la falaz idea que suscita respecto al alcance de las propias fuerzas, aquella trasnochada actitud implica una vergonzante vergüenza de, ni más ni menos, lo que es, y acaba convirtiendo a nuestro pasado en campo siempre fértil en la cosecha de malos mexicanos. Desconocer las flaquezas de los héroes para hacer de ellos figuras acartonadas que ya nada pueden comunicar al corazón, no conceder, en cambio, ni un ápice de buenas intenciones, de abnegación y patriotismo a hombres y mujeres eminentes que abrazaron causas históricamente equivocadas o perdidas, predicar, en suma, como evangelio patrio, un desarrollo histórico fatalmente predestinado al triunfo de una sucesión de hombres buenos

buenos sobre otra sucesión de hombres malos malos, no es sino cloro eco de un tipo de nacionalismo superado y dañino y cuya supervivencia revela una lamentable falta de madurez histórica. ¿Qué, también en este renglón de la inteligencia hemos de ser subdesarrollados?²¹

Enrique Krauze tomó al pie de la letra las recomendaciones de Luis González para acabar con la "historia de bronce" y las de don Edmundo para amar verdaderamente e históricamente a la patria. "México no ha logrado reconciliarse con su pasado: por eso vive en la mentira o, mejor dicho, en la verdad a medias. Este libro es un intento de mirar con equilibrio y perspectiva al siglo XIX sin el apremio de juzgar, condenar o absolver a sus personajes, más bien con el propósito de comprenderlos (...) bajarlos del pedestal". Así espera contribuir "a la tolerancia de los mexicanos para con nosotros mismos y a la reconciliación con nuestros antepasados en conflicto".²²

La historia puede también ser "maestra de vida" y, como tal, factor positivo de la identidad nacional, si es capaz de rescatar la voz de los "vencidos" y de los olvidados. Siempre y cuando no caiga en la tentación de privilegiar esa nueva historia de la mujer, del negro, del judío, del católico, hasta mitificarla. Conservador de memoria, el historiador debe someterla a la crítica de siempre, con todo el rigor del positivismo. Como tal, el historiador conoce la distancia que separa la conmemoración y la ciencia, la convicción de la vivencia y la interrogación crítica, las amnesias convenientes y la dura realidad metodológica, el anacronismo retrospectivo y la obligación de mantener la distancia, la memoria como identidad y la verificación de tal memoria para la verdad. El historiador no puede aceptar la teoría muy popular según la cual esta "memoria viva es la única capaz de decir lo justo y lo injusto".

IV. CONCLUSIONES PERSONALES

El historiador que anda en búsqueda de la identidad nacional puede parecerse a Edipo: su búsqueda puede llevar a la catástrofe así como llevó a Edipo al desastre, por haber querido saber demasiado lo que era. Los serbios, los católicos irlandeses son nuestros Edipos modernos, mientras que les doy la razón a estos palestinos e israelíes que, reunidos en Bruselas en marzo de 1988, afirmaron que "sencillamente, para empezar a hablar, hay que poner la historia entre paréntesis".²³

Apaciguada y tolerante, la conciencia nacional encuentra un sutil equilibrio entre memoria y olvido, lucidez y amnesia, tradición e imaginación. Si cambia de dosis —y en aquella operación química los historiadores pueden tener, suelen tener una gran responsabilidad— fabrica una humanidad feroz, compuesta de individuos fanáticos.

El problema no es conocer la identidad para mejor preservarla, sino garantizar la diversidad que se mani-

fiesta, entre otros, por unas identidades, a la vez sensibles e imprecisas. La idea de civilización exige una sociedad a la vez abierta y cerrada, en equilibrio constantemente reconstruido, entre tres niveles que no se encuentran nunca en forma absoluta, pura, separada: la humanidad, el grupo, el individuo. Ninguno de estos tres niveles debería presentarse como un absoluto, ya que la persona se sitúa en su encuentro trino.

Burke, en sus *Reflections*, ve la sociedad civil como un contrato muy particular entre tres categorías de personas, de las cuales dos no viven; es una asociación entre los vivos, los muertos y los que están por venir. Así Burke nos pone en guardia tanto contra el desprecio a los antepasados, como contra la indiferencia hacia la posteridad. Eso nos permite rechazar los paradigmas y las "necesidades", encontrar nuestra libertad en el espacio y en el tiempo. Un poco de internacionalismo aleja de la nación, mucho internacionalismo nos devuelve la nación.

Un historiador puede ser leal a su comunidad nacional y ser cosmopolita: para un mexicano estudiar la Nueva España, o el siglo XV en el altiplano, es ser cosmopolita, tan cosmopolita como estudiar Castilla en el siglo XV o la Nueva Francia. Si trabaja temas nacionales y además contemporáneos tendrá dificultades más grandes para conjugar la deontología científica y las presiones ideológicas y sociológicas; sin embargo, sabe que la tarea más difícil y más noble del historiador es el debate y el reexamen. La verdadera revisión necesita comprensión benevolente. Intercambio científico abierto para confrontar puntos de vista divergentes, para lograr una visión analítica y crítica, evolutiva sin ser relativista. No hay verdad definitiva, pero la honestidad es necesaria.

Si bien es cierto que la historia es un elemento de la identidad nacional, no veo por que le tocara al historiador, como "científico social", garantizar la "verdad", la veracidad de los llamados mitos fundadores. Prefiero remitirme a Renan.

Además, mi esperanza, mi ilusión, como ciudadano, es que en nuestra concepción de la vida pública, estemos pasando de una sociedad en la cual la legitimidad viene de la tradición, a una sociedad regida por el modelo del contrato, al cual cada uno aporta —o no— su adhesión. La memoria, la tradición, la historia dejaría entonces el lugar, no al olvido, sino a algunos principios universales, a la "voluntad general". Nuestra vida pública no necesita de una historia "pública" como fuente de legitimidad.

NOTAS

¹ De una bibliografía interminable pero recientemente muy renovada, cito solamente unos autores.

² Paul Valéry. *Oeuvres Complètes*. Gallimard, Paris 1988, II:934.

³ Gil Delanoí. "Reflexions sur la nation". *Esprit*, enero 1994:84-96.

⁴ Ernest Gellner. *Naciones y nacionalismos* (1983) Alianza Universal 1588.

⁵ Valéry: 903.

- * Valéry: 935.
 † Nietzsche *Au delà du bien et du mal*, cap. 7 y 8 "La géologie de la morale" (2 ensayo), *De l'utilité et de l'inconvénient des études historiques pour la vie*.
 * *Esprit*, julio 7, 1993.
 * Valéry: 903.
 † Ernest Renan *Qu'est ce qu'une nation?* 1882 reed. Paris, 1992.
 † Marc Ferro, op. cit.
 † Ferro: 9.
 † Meyer, 1994, *Perestroika...*
 † Novick, op. cit.
 † Gerd Krumeich *Jeanne d'Arc à travers l'histoire*, Paris, Albin Michel, 1994.
 † E. Marienstras. *Nous le peuple. Les origines du nationalisme américain*. Paris Gallimard, 1988: 7.
 † *La Vendée dans l'histoire*. Paris, Perrin, 1994.
 † Ferro, op. cit. Peter Laslett, op. cit.
 † Claparede, 1931.
 † O'Gorman. *Del amor del historiador a su patria*. México, Condu-mex, 1975, Luis González, *La historia académica y el rezongo del público*. *Diálogos*, enero, 1979, Enrique Krauze, *Siglo de Caudillos*, Madrid-México, 1994.
 † O'Gorman, op. cit. p. 23.
 † Enrique Krauze, op. cit. introducción.
 † Tzvetan Todorov: *La mémoire et ses abus*. *Esprit*, Julio, 1993, citado, p. 39.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamira, Rafael. *Problemas modernos d'enseignement en vue de la conciliation entre les peuples et de la paix morale*, Paris, PUF, 1932.
 Appleby, John., Hunt, Lynn, Jacob Margaret. *Telling the truth about history*, Norton, New York, 1993.
 Byrnes, Robert F. *Kliuchevskii's view of russian history*. *The Review of politics*, Fall 1993-4: 565-591.
 Callahan, Danie., et al. *Applying the humanities*, New York, 1985.
 Cantril, H. y Buchanan, W. *How nations see each other*. UNESCO, Urbana, 1953.
 Claparede, Jean Louis. *L'enseignement de l'histoire et l'esprit international*, Paris, PUF, 1931.
 Delannoi, Gil. "Réflexions sur le nationalisme". *Esprit*, enero 1994: 84-96.
 Ferro, Marc. *Como se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*. (1981) México, FCE, 1990.
 Fitzgerald, F. *America revisited: History schoolbooks in the 20th century*. Boston, Little Brown, 1979.
 Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismos* (1983) Alianza Universal, 1988.
 Grmek, Mirko, et al. *Le nettoyage ethnique. Documents historiques sur une idéologie serbe*, Paris, Fayard 1993.
 Habermas, Jürgen. *L'identité des allemands, une fois encore*. In *Écrits Politiques*, Paris, Cerf 1990.
 Hertz, F. *Nationality in history and politics. A study of the psychology and sociology of national sentiment and character*. New York, 1944.
 Higham, J. *The historian as american prophet*, Abril 1983, ponencia en la Organization of American Historians, citado por Mauricio Tenorio.
 Hobsbawm, Eric. *Nations et nationalisme depuis 1780*, Paris 1992.
 Laslett, Peter. *Quelques considérations sociologiques sur le travail de l'historien*. Ponencia presentada en la Universidad de Pamplona, 1972.
 Manning, V. F. *Images of the United States in Mexico's libros de texto gratuito*. A report of the USA. University of Arizona, working paper, septiembre, 1985.
 Meyer, Jean. *Perestroika y revisionismo histórico*. *Historia y Grafta* 3, 1994.
 ———. *Alma de Rusia, Vuelta*, diciembre, 1993.
 Marienstras, Elise. *Nous le peuple; les origines du nationalisme américain*, Paris, 1988.
 Noriega, Cecilia, ed. *El nacionalismo en México*. Colegio de Michoacán, 1992.
 Novick, Peter. *That noble dream; the "objectivity question" and the american historical profession*. Cambridge University Press, 1988.
 Renan, Ernest. *Qu'est ce qu'une nation et autres essais*, Paris, 1992.
 Tassin, Etienne. *Identités nationales et citoyenneté politique*. *Esprit*, enero, 1994: 97-111.
 Tenorio, Mauricio. "Frontier in the making". *The writing of history in the United States (a view from outside)*. Manuscrito, 1994.
 Urjewicz, Charles. *Les russes à la recherche d'une identité nationale*, Paris, 1993 (Documentation Française, série Russie No. 114).
La Vendée dans l'histoire. Actes du colloque, Paris, Perrin, 1994, cap. 11, *Histoire et mémoire de la Vendée*.
 Wiwiorka, Michel. *La démocratie à l'épreuve; nationalisme et ethnicité*, Paris, La Découverte, 1993. ♣